

Querida Cherri Moraga,

Leí tu ensayo, y debo decir que la verdad no esperaba que me agradase, pues pasé muchos años de mi vida metida en los círculos de justicia social de internet, donde parece interesarles más el utilizarse los unos a los otros como sacos de boxeo que realmente generar cualquier tipo de cambio. Aunque me imagino que es catártico poder desquitarte con otras personas en línea, pronto me di cuenta de que no pasa de eso.

Pero encontré en él una idea que creo que compartimos, que es el sentimiento de pertenecer a dos mundos diferentes. Tu historia me recuerda un poco a la mía, no en forma sino en contenido. Aunque nací en México, pasé dos años de mi infancia viviendo en Texas. Parece poco ¿no? Solo una décima parte de mi vida, pero son dos años que no me he podido quitar de la espalda, por más que lo haya intentado. Pasé ese tiempo en una escuela bilingüe que separaba a los niños anglos de los latinos. Podría mentir y decir que fueron años traumatizantes en mi vida...y lo fueron, pero no por ningún tema de discriminación ni dificultades económicas, pues al igual que tú, yo soy blanca con una familia de clase media. Hice amigos ahí, mayoritariamente otros latinos, y aprendí a dominar el inglés tan bien como el español.

Luego el tiempo se acabó. Volví, pero ya no era lo mismo. Esperaba que mi hogar me recibiera con brazos abiertos, pero me encontré de frente con un lugar que no conocía. Y sabía que era por esos dos malditos años, por los que ahora me sentía como una turista en mi propio país, traspasando en un lugar que no me correspondía. Iba al karaoke con mis amigos, y mientras todos recitaban juntos los himnos de José José, Juan Gabriel o Gloria Trevi, yo solo me quedaba mirándolos con la boca entreabierta mientras terminaban la canción que yo no conocía. Hablábamos, y mi corazón se achicaba cuando decía alguna palabra y tras unas risitas, me corregían. Me sentía avergonzada ¿como puedo ser mexicana y no hablar bien el español? ¿que me pasa?

Por años de mi vida lidié con sentirme impostora, me volví muy consciente de jamás equivocarme al hablar español, y si era necesario hablar un anglocismo, ocultaba el acento americano que ya me era tan natural, porque además no quería que nadie me viera como esos mexicanos aspiracionistas que no han lidiado con su malinchismo, y se creen extranjeros por haber pasado dos semanas fuera del país.

Por años sentí, y la verdad es que a veces aún siento, que no pertenezco aquí, que no soy mexicana. Pero con el tiempo me fui dando cuenta de que estaba viendo mi identidad cultural, la identidad del latino, desde los ojos del primer mundo angloparlante que aplanan las experiencias vividas de 663 millones de personas en un modelo muy limitado y simplista. No tengo por qué tratar de interpretar el papel de mexicana, porque soy mexicana, pero antes que ser mexicana, soy yo misma. Incluso si ser yo misma me despojara de mi mexicanidad, la entregaría sin pelear, porque no voy a mutilar partes de mí para encajar en un molde nacional.

Con el tiempo, he hecho mis paces con esos dos años que pasé allá, con la cultura estadounidense que terminó permeada en mí. Aún consumo contenido principalmente en inglés, conozco sus referencias, sus términos, y el paisaje político que cubre todo el país imperial. Ya no me da vergüenza reconocer aspectos de ellos cuando me miro al espejo, es un gran privilegio el poder reconocer a otros en mí, y a mí en otros. Me la pasé tantos años peleada con esa otra cara, que no podía ver lo bonita que es. Pero ya voltee, y te veo. Y sonrías.

Con amor,
Renée Lucero Rmz.